EDUARDO PAGÉS

# SALUSTIANO, PATRONO

**Ocurrencia cómico-lírica en un acto y tres cuadros, original de EDUARDO PAGES, con música de los maestros JACINTO GUERRERO y AUGUSTO J. VELA**

Estrenada en el Teatro Martín, de Madrid, el día 24 de marzo de 1920



**PRECIO: UNA PESETA**

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1920

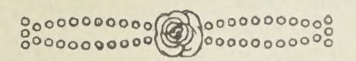
# SALUSTIANO, PATRONO

EDUARDO PAGÉS

# SALUSTIANO, PATRONO

**Ocurrencia cómico-lírica en un acto y tres cuadros, original de EDUARDO PAGES, con música de los maestros JACINTO GUERRERO y AUGUSTO J. VELA**

Estrenada en el Teatro Martín, de Madrid, el día 24 de marzo de 1920



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1920

Imprenta Artística, Sáez Hermanos. Norte, 21, teléfono J. 17-65

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| Casta | Sra. Colina |
| Mimí | » Labrador |
| Teresa | Srta. Paisano |
| Dolores | » Valor. |
| Cebriana | » López (M.) |
| Una criada | » López (I.) |
| Bandolera 1.ª | » Paisano |
| Idem 2.ª | » López (M.) |
| Idem 3.ª | » Prado |
| Idem 4.ª | » López (I.) |
| Idem 5.ª | » Gallardo (G.) |
| Idem 6.ª | » Bellver |
| Idem 7.ª | » Alegría |
| Rótulo 1.º | » Valor |
| Idem 2.º | » Sanford |
| Idem 3.º | » Prado |
| Idem 4.º | » Aguila |
| Figuranta 1.ª | » Prado |
| Idem 2.ª | » Bellver |
| Idem 3.ª | » López (I.) |
| Idem 4.ª | » López (M.) |
| Señor Dalecio | Sr. Videgain |
| Salustiano | » Bretaño |
| Ali | » Estellés |
| Chinales | » Castejón |
| Un repórter | » Lozano |
| Lesmes | » Marti |
| Frasco / Becquerito | » Heredia |
| Apache | » Loygorri |
| Botones | » Solá |
| Inspector | » Gálvez |
| Camarero | » Solá |
| Un niño | Niño García |
| Pollito 1.º | Sr. Loygorri |
| Idem 2.º | » Paisano |
| Idem 3.º | » Solá |
| Idem 4.º | » Lozano |

APACHES, BANDOLERAS Y POLLITOS BIEN

Acción en Madrid.—Época actual.

# ACTO ÚNICO

## CUADRO PRIMERO

Modestísimo interior de una guardilla madrileña. Los pocos y malos muebles a gusto de la dirección de escena.
El señor DALECIO, zapatero de viejo, trabaja arrimado a un cajón. SALUSTIANO lee un periódico y tiene colgadas del respaldo de la silla unas cuerdas de las que usan los faquines.

### ESCENA PRIMERA

Señor DALECIO y SALUSTIANO. Después una CRIADA.

SALUS. —*(Leyendo en alta voz.)* ... Poco... a poco... las fuerzas capitalistas... de todo el mundo... tendrán que rendirse a... la... evi... dencia. Ya es hora... de que... acabe la tiranía... ya es hora... de que cese... la... explotación de la clase obrera... Ya es hora...

DALEC.—¡Salustiano!

SALUS. —*(Dejando de leer.)* ¿Qué pasa?

DALEC.—Ya es hora de que lo dejes... Porque estás así desde las nueve de la mañana, y vamos, que pa mí ya está el obrero suficientemente «revidicao».

SALUS. —Está visto, señor Dalecio, que pa usted no hay ideales en el mundo... Pero ya abrirá los ojos, porque esto no tié arreglo.

DALEC.—¿Que no tié arreglo? *(Por la bota.)* Yo hace rato que lo veo. Esta bota no la compone ni un ortopédico.

SALUS. —Quiero decir la cuestión social...

DALEC.—Pero todavía... Pero cómo va a tener arreglo, Salustiano, si todo lo arregláis a voces. Sus creéis que con un mitingui está tóo listo, y hace falta más. Porque si no os va a pasar lo que a los del ramo de camiseria, que se declararon en huelga, y para enterar

a la opinión empezaron a dar hoja por aquí, hoja por allá, y tantas hojas dieron, que han dejado el ramo como un troncho, ¡sin una hoja!

SALUS. —Ná, que a usté le tira la patronal... Es un conservador del puesto.

DALEC.—Pero ven acá, bacalao de la ría. Si yo tóo esto lo arreglaba con el tirapié.

SALUS. —¿Pegando?

DALEC.—Clarinete. Aquí hace falta un hombre que pegue a los farsantes. Y luego patronos que cumplan con su deber... Pero vosotros lo queréis arreglar todo con conferencias, y créeme, los obreros ya están cansados de discursos.

SALUS. —Adiós, *retórgado*. ¡Fabeto! ¡Incivil! ¡¡¡Patrono!!!

DALEC.—Qué más quisiera yo. Y verías cómo no tenía huelgas, ni cuestiones, ni *locotuaba*, ni ná... Porque eso se arregla.

SALUS. —Mire usté. Eso no se arregla hasta que los del Comité mandemos. Y el patrono a trabajar y a hacer lo que ordene el *delegao*, yo, verbigracia. Y en seguida el reparto. Fulano, cuarenta y tres pesetas con sesenta céntimos del semanal, dos piezas de cretona, un secafirmas y el segundo tomo de *Los Tres Mosqueteros*. A otro sus ocho duros, dos almanaques, una capa parda y un filtro Pasteur (1) legítimo. Y así sucesivamente... Y al patrono, palo.

DALEC.—Salustiano, que desbarras.

SALUS. —Ya se lo diré a usté un día de estos, porque no tardaremos en dar el golpe.

DALEC.—Mira no te lo den a ti en la cabecerola, porque está provocativa. Tié un palo que descompone. Y a ti, como te den en la cabeza, tienen que echarte el árnica con una regadera, Salustiano.

CRIAD.—Buenas tardes.

DALEC.—Buenas tardes.

SALUS. —¡Salud y reparto!

CRIAD.—Venía a ver si el señor Salustiano quiere hacer el favor de llevarme un baúl a la estación para mandarlo al señorito, que es marino y está veraneando.

DALE. —¿Y dónde está el marino?

CRIAD.—En Santander.

SALUS. —¿Pesa mucho el baúl?

---

(1) Pronúnciese como se escribe.

CRIAD.—Cuarenta kilos.

SALUS.—Entonces avisa a un «capitoné», que yo no puedo con tanto peso.

DALEC.—Pero ¿por qué no le llevas el baúl, Salustiano?

SALUS.—¡Y dale, otra vez! ¡Porque no puedo con tanto peso!

CRIAD.—¡Qué le vamos a hacer! Avisaremos a otro... *(Mutis.)*

SALUS.—Como quieras, chica.

## ESCENA II

Los mismos. Después señora Casta y un niño.

DALEC.—Y quieres hablar. Aquí me tiés a mí amarrao al trabajo, y en cambio a ti no se te ocurre mas que leer papeles y más papeles, que van a conseguir que dentro de poco tengas donde los demás tenemos el cerebelo un cacho de arrope... Y créeme, tú, como yo, como los demás, que p'al trabajo hemos nacido, como no sea trabajando, dí que *nanay*, *nanay*. ¡Que se te sortean, Salustiano!

SALUS.—Va usted a obligarme a que le denuncie al *soviet* que tenemos formado entre el oficial de pala del horno de Capellanes, el sereno de la casa de préstamos del 9 y un servidor. ¡Y como le denuncie, nos incautamos de su establecimiento!

DALEC.—Lo sentía porque me quedaba sin un clavo. Por lo demás, que fuera mañana. Porque ya sabes la clase de calzado que yo arreglo. Como que en cuanto me traen un par de botas pregunto en seguida: ¿Por un casual éstas estuvieron viendo anoche algo de Muñoz Seca?

SALUS.—¿Por qué?

DALEC.—Porque bota que me traen, bota que se ríe escandalosamente.

CASTA.—*(Entrando.)* ¡Pero Salustiano! ¿Todavía estás aquí? Tampoco hoy sales al puesto, por lo que veo.

SALUS.—Si es que está el día muy malo.

DALEC.—Y Salustiano muy débil. No puede con los pesos.

CASTA.—Lo que hay es que la política le tiene alelao, y vamos a tener que comer discursos. Por supuesto, que como siga así, mañana cierro la cocina en señal de protesta, por la huelga.

SALUS.—Y yo te declaro el *sabotage* en el añadido...

CASTA.—*(Llamando desde la puerta.)* ¿Qué hará este chico que no sube? ¡¡Chicoooooo...!!

CHICO.—*(Desde dentro.)* Ya va, madre. Es que se me ha roto el cordón de la bota.

SALUS. —Déjalo, mujer; no oyes que se le ha roto el cordón de la bota...

CHICO.—*(Entra con una bota de vino que tiene el cordón roto.)* Tome, madre, que esta bota se va... Y esta carta para padre, que me ha dado ahora mismo el cartero, por no subir.

SALUS. —¿Es pa mí?

CASTA.—*(Dándole el sobre después de leerlo.)* Pa ti es.

SALUS. —Veremos qué dice. Será del Comité *(Leyendo la carta.)* «Señor don Salustiano Tim, Tim.

DALEC.—Adelante.

SALUS. —Timbales. Muy señor mío: Le estimaré se sirva pasar por esta Notaría para, previa la justificación de su personalidad, hacerle entrega de la cantidad de veinte mil pesos plata cubana, a que asciende la testamentaría de su señor pariente don Demetrio Buendía de Timbales, almacenista de huevos.

DALEC.—¡¡Cáscaras!!

SALUS. —Fallecido en Santa Clara. De usted afectísimo y seguro servidor que le B. la M., *Juan de Vergara*, notario.»

CASTA.—Eso es que te toman el cabello, Salustiano.

SALUS. —Eso es verdad.

DALEC.—¿Que es verdad? ¿Pero tú tenías parientes en América?

SALUS. —Sí, señor; éste que se ha muerto.

CASTA.—Entonces cobramos esa herencia.

SALUS. —Eso dice aquí.

CASTA.—Este pariente es el que me has hablado alguna vez.

SALUS. —El mismo... No sé de otro. Era un pariente lejano.

DALEC.—Y tan lejano. A treinta días de navegación.

CASTA.—¿Conocías tú detalles de su vida?

SALUS. —Algunos, algo confusos, que de pequeño recuerdo haber oído a mi padre. Este Demetrio fué a América a establecer el negocio de vinos españoles. Después de correr naciones y más naciones americanas, averiguó que el vino español donde mejor se conserva es en Cuba... Se fué allá, estableció la industria... Intervino en la política, le nombraron comandante de Bomberos, estuvo en Cien-Fuegos, y ya no he sabido más, hasta ahora, en que esta carta viene a anunciarme que también llega la Fortuna a las guardillas...

CASTA.—Pues es para celebrarlo.
CHICO.—Padre, yo no quiero ir a la escuela.
DALEC.—*(Tirando la mesa de un puntapie.)* Toma, Salustiano, *pa el soviet.*
SALUS.—Oiga, señor Dalecio, que acaso lleve usted razón... Que esas ideas quién sabe si son extraviás.
CASTA.—¡Por fin te vas a desengañar!
DALEC.—Ya lo creo que se desengaña. ¡¡¡Como que no puede con tanto peso!!!

TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

LA «ALEGRÍA FILMS»

Taller o galería cinematográfica donde la Sociedad Anónima «Alegría Films» impresiona sus películas. En primer término izquierda, mesa de ministro, que es la de Salustiano, socio capitalista de la Empresa.
Máquina o aparato de impresionar películas, con manubrio practicable. Por la escena, y en desorden, armaduras, sillas, trajes, jarrones y aquellos objetos que puedan dar naturalidad a la galería cinematográfica. Fondo y techo simulando cristales. Puertas practicables a ambos lados.

### ESCENA PRIMERA

ALI y un APACHE.

*(Ali es el operador de la casa. El apache es uno de los artistas de la Sociedad, que toma parte en el número que se indica.)*
APAC.—Muy bien, querido Ali. Celebro mucho esas mejoras.
ALI.—Muchas gracias. No es que se haya operado un gran cambio; pero entre el señor Salustiano, que acaba de tomar este negocio por traspaso, y el patrono anterior, la elección no tiene duda.
APAC.—Ya... ya... Como que el otro era un tacaño de marca.
ALI.—No lo sabes tú bien. Para recompensar mis trabajos en bien de la casa, hace tres años que prometió regalarme una valiosa pipa de ámbar y espuma. Pues ya ves, al fin ha cesado en el negocio y ha resultado que lo de la pipa era de *boquilla.*

APAC. —Yo siento el cambio patronal, porque ya no veremos a la Benita. ¡Era una muchacha más salada que las pesetas!

ALI. —No, era más salada que las anchoas... Y a todo esto sin estar arreglada esa gente para impresionar el epílogo de «El último apache».

APAC. —¿Tú tienes fe en esta película?

ALI. —Fe ciega. No te quepa duda que con «El apache» vamos a robar el dinero...

APAC. —*(Saliendo una segunda tiple.)* Señor Alí, cuando usted mande.

ALI. —Ahora mismo. Y a ver si procuramos que salga más ajustado que en los ensayos.

**Música.**

Número mímico de «Los apaches». Bailable.

APAC. —¿Eh, qué tal?

ALI. —No sé; temo que se haya velado... Voy al laboratorio. *(Mutis de todos.)*

## ESCENA II

Señor DALECIO y SALUSTIANO.

*(Han prosperado; pero visten trajes procedentes de un taller de ropas hechas, completamente ridículos.)*

DALEC.—Y quiés decir que esa película tendrá éxito.

SALUS. —Un porción. Es una cosa seria en dos series.

DALEC.—Pues yo creo que lo que ahora priva son las películas cortas.

SALUS. —Te repito que lo que da dinero son esas películas de series en dos o tres partes...

DALEC.—Eso es; las de series dan parné en dos o tres partes... Y las otras, las cortas, lo dan en todo el mundo. Bueno, hay que ver, Salustiano. Quien te ha visto y quien te ve... Ayer, un simple peón, y hoy, socio capitalista de una Empresa.

SALUS. —Pero usté no tendrá—supongo yo—queja de mí.

DALEC.—Ninguna... Pero lo que no acabo de comprender es por qué te ha dao por eso de las películas.

SALUS.— Siempre me ha tirao el cine. A mí, una cosa de la Bertini me enternece; por Charlot he sentío un cosquilleo admirador. Además, que, como usted sabe,

he estado dos años vendiendo alcahués en la puerta del Cine de la Flor, y acabé echando humo.

DALEC.—Y de ti pa mí, Salustiano. Yo creo que esa Mimi, la primera actriz de la compañía mímica, está por tus huesos que se tambalea.

SALUS. —¿Pero ya lo ha notao usté?

DALEC.—¡Pues no lo he de notar! Pero, Salustiano, ¿qué las haces?

SALUS. —¡Pchs...! ¡¡Las bromurizo!!

DALEC.—Aquí encima tienes una tarjeta...

SALUS. —Sí, ya la he visto. Es de los Gutiérrez, que me felicitan por haber progresado,

DALEC.—Deja que la lea... «Enterados de la mejora de su posición social, le felicitamos cordialmente.—*Gutiérrez*, padre e hijo. Espíritu Santo..., 14.

## ESCENA III

LOS MISMOS y FRASCO y DOLORES, artistas cinematográficos averiados, que vienen a ofrecer sus servicios a la casa.

FRAS. —¿Dan ustedes su permiso?

SALUS. —Adelante...

FRAS. —Un servidor y una servidora, artistas mímicos españoles, ya conocidos en el extranjero e inéditos en España, que venimos a ofrecer nuestro trabajo a la casa.

SALUS. —¿Llevan mucho tiempo en el arte?

DOLO. —En éste, poco. Nosotros salimos de España formando un número de varietés que en todas partes premiaba el público con su aplauso. Es decir, que era un número premiado. Este tocaba la guitarra, que en sus manos tiene unas voces que ni Titta Rufo. Una servidora bailaba fandanguillos flamencos, y una prima mía cantaba por todo lo hondo. Pero este número se deshizo en Bélgica, porque aquí, el señor tocador de guitarra, abusaba de la prima...

DALEC.—Sí que debe tener unas manitas el artista.

FRAS. —Obcecaciones de ésta, que tiene celos hasta de los maniquíes de las peinadoras. Bueno; desbaratado el número, nos fuimos a Italia y nos dedicamos a eso del peliculeo... Yo tengo mi fuerte en los asesinatos. En cambio, ésta es una trágica pa lo de las muertes naturales... Pero, la verdad, aunque en Italia ganábamos pasta, nos hemos cansado de la pasta italiana,

y así hemos regresado a España, a ver si al fin nos curan del agravio con nosotros cometido. Y si no, vuelta a Italia o a Bélgica; a cualquier sitio menos a Alemania.

SALUS. —Y allí, ¿por qué no?

DOLO. —Porque estuvimos quince días en Colonia, y si no salimos disparados la entregamos.

DALEC.—¿Que la entregan?

FRAS. – Calcule usted cómo estaríamos después de beber agua de Colonia durante quince días.

SALUS. —El caso es que por ahora no tenemos personal completo... Más adelante, si muere alguno, ya se les avisará.

FRAS. —Sí, ya; lo que todos... Ya no quería salir yo de Italia. Pero a ésta le entró el vértigo de regresar estando en Pisa, y nos venimos de Pisa..., ¡y corriendo!

DALEC.—Pueden dejar los artistas sus nombres y domicilios, y se les avisará cuando haya ocasión.

DOLO. —Bueno, anote usted: Dolores García y Frasco Venayas, artistas cinematográficos, Costanilla de San Pedro, 3.

SALUS. —¿Y son ustedes de Madrid?

DOLO. —No, señor; yo soy de León, y Frasco... de Valdepeñas.

DALEC.—¡Caray, con don Frasquito!

FRAS. —Lo que siento es que se quedará el público español sin vernos en la pantalla... Nada, Dolores, lo que te tengo dicho: España no protege a sus artistas. Tenemos que emigrar.

DOLO. —¿Quieren ustedes un ataque de catalepsia para conocer mi trabajo?

SALUS. —No, no; no se moleste.

DOLO. —Un sencillo paralís. una encefalitis letárgica, una torticolis aguda, que la sostengo en los tres actos de una gran film.

SALUS. —¿Ha dicho usted una encefalitis? Pues que usted se despierte. Pero ahora no podemos ver estas cosas.

DALEC.—Vea usted el título de la casa: «Alegría Films».

FRAS. —Vámonos, Dolores... Ya me figuraba yo esto... Emigremos, Dolores, emigremos.

DOLO. —¡¡Emigremos!! *(Mutis ambos.)*

DALEC. - Sí, hombre, sí, que emigren.

SALUS. —Como que yo creía que había que echarles con una pala.

## ESCENA IV

SALUSTIANO, señor DALECIO. Después ALI y un «BOTONES».

DALEC.—¡Ah, Salustiano! Antes que no se me olvide. Los empleados del almacén me dicen que los aumentes el veinticinco por ciento en los jornales, o van a la huelga.
SALUS. —¿Pero otro aumento...? Vaya, esto no es posible. Estos jóvenes se lo quieren llevar todo. Y el patrono, que coma cordilla...; ¡muy bonito!
DALEC.—Es que considera que casi no pueden comer con lo que ganan.
SALUS. —Vamos, que ninguno se muere de hambre, y hasta los hay que fuman de cuarterón...
ALI. —Buenas tardes, señores.
DALEC.—Muy buenas, señor Ali.
SALUS. —¿Se peliculizó algo?
ALI. —Si, señor. Lo del último apache.
SALUS. —¿No ha faltado ninguna artista?
ALI. —Ninguna.
SALUS. —¿Y la señorita Mimí ha estado bien?
ALI. —La señorita Mimí ha estado muy bien, y además no ha cesado de preguntar por usted.
SALUS. —¿Pero usté también se ha dao cuenta?
ALI. —¿Y quién no se va a dar cuenta? Como que para las artistas, tiene usted más gancho que una grúa... ¿Pero qué las hace usted?
SALUS. —Pch..., ¡las bromurizo!
ALI. —Con su permiso, voy a ver cómo están las señoritas para el otro nûmero... *(Mutis.)*
DALEC.—Tú las bromurizas; pero el día que tu mujer se entere de tus líos, vas a casa en parihuelas, Salustiano...
SALÚS.—Pues también usted con la panameña esa, señor Dalecio...
DALEC.—En primer lugar, que eso se acabó, y luego que soy viudo legítimo, y por ende no corro el peligro del vitriolo, que es el asesinato más a la mano de cualquier querer ultrajado.
SALUS.—Pues si ha terminado con la corista esa lo celebro, porque la porcelana era de las de manga ancha.
DALEC.--Naturalmente; como que me dije: ¿dónde voy con

una americana de manga ancha? Y por eso la dejé colgada.

SALUS.—¿Y no se picó?

DALEC. Con esas no puede la polilla...

BOTON.—*(Es negro.)* ¿Dan permiso los jefecitos?

SALUS.—Adelante, gatito de la suerte...

BOTON.—Esta cartita ná más de los empleados del almacén. *Mamaeras* de gallo y ná más, señor.

DALEC.—*(Después de leer la carta.)* Dice que en nombre del Sindicato piden el aumento de que te hablé antes...

SALUS.—Está bien... Diles que ya contestaré.

BOTON.—*Cojudeces* ná más, capitán. Hasta ahorita. *(Medio mutis.)*

SALUS.—¡Ah! Oye, *Zampaguita*, ¿tú también eres del Sindicato?

BOTON.—Yo no, señor. ¡¡Soy amarillo!!

DALEC.—Oye, ¿a qué llamará amarillo el zaíno ese?

SALUS.—No sé, ni me preocupa. Lo que me interesa es lo de los empleaditos.

DALEC.—Debes acceder...

SALUS.—¿Eh? Que debo acceder. ¿Pero usted también en contra mía?

DALEC.—¿Pero y los ideales?

SALUS.—Eso eran pasatiempos.

DALEC.—Entonces tus célebres arengas...

SALUS.—Cosas de la juventú alocá.

DALEC.—¿Y qué vas a hacer?

SALUS.—Lo que voy a darte por escrito... *(Escribe.)* Este avisito que voy a pegar en la puerta del almacén... Toma..., lee...

DALEC.—*(Leyendo.)* Avi... avi... Chico, tienes letra de taquígrafo. Oye, ¿y esta qué letra es?

SALUS.—Una zeta...

DALEC.—Una zeta... ¡¡Será venenosa!! Mira, lee tú, Salustiano.

SALUS.—«Aviso a los empleados. En vista de sus exigencias, se da la industria por liquidá. Salustiano.»

DALEC.—¿Y lo has pensado bien?

SALUS.—Si no se puede con ellos, señor Dalecio. Y si no lea usted *El Debate* y verá lo que dice.

DALEC.—¿Entonces qué vas a hacer?

SALUS.—¡Nada...; vivir!

DALEC.—¿De qué? Si de aquí no vas a sacar más que deudas. A ti es que la Mimí esa t'a obcecao.

SALUS.—Pero eso no tié que ver...

DALEC.—No sé qué tendrá que ver; pero ahí la tienes.

## ESCENA V

DICHOS, MIMÍ. Después ALI y las BANDOLERAS.

MIMÍ. —*(Viste de bandotera y lleva encima un guardapolvo.)* Buenas... ¿Molesto?

SALUS.—¿Molestar? ¿Quiere usted callarse, monumento plástico?

DALEC.—Oye, Salustiano... Si te parece voy a por la cesta esa que se quedó abajo. *(Haciendo mutis.)*

MIMÍ. —¿Y nos quedamos solos?

SALUS.—Pero está usted en un santuario de amor...

MIMÍ. —Jesús qué disparate.

SALUS. —¿Es que yo la molesto?

MIMÍ. —¡Oh, no! Nada de eso.

SALUS. —Entonces voy a abusar de su bondad. Sé que tiene usted buen carácter de letra...

MIMÍ. —Regular...

SALUS. —Pues yo tengo un carácter, como para mí solo... Por eso quiero que me escriba usted una carta.

MIMÍ. —Seré muy gustosa si usted me dicta.

SALUS.—Sí, señora. Voy a ser un dictador que ni La Cierva.

MIMÍ. —*(Se sienta y escribe.)* Dicte usted.

SALUS.—«Mi encantadora señorita: Siento por usted un arrebato pasional, que a su lado lo de doña Juana la Loca sería una simple sonrisa de excitante tobillera...»

MIMÍ. —Caramba, sí que le dan a usté fuerte los enamoramientos...

SALUS.—Soy un volcán..., no puedo corregirlo.

MIMÍ. —Entonces, arrojará usted lava.

SALUS.—Yo por un querer lavo y enjuago.

MIMÍ. —¿Seguimos?

SALUS.—Seguimos... «y, una de dos. O celebramos el idilio en cualquier *supere* tango madrileño, o vamos abrazaos hasta el Depósito. Suyo, Salustiano.»

MIMÍ. —«...suyo, Salustiano.» Ya está; ahora falta el sobre...

SALUS.—Pues allá van las señas. «Señorita Mimí... Belén...»

MIMÍ. —¿Eh...? ¿Qué dice?

SALUS.—Mi... mí... Be... lén... *(Con parsimonia.)*

MIMÍ. —¿En este caso esas frases?

SALUS.—Para usted todas.

MIMÍ. —*(Con rubor.)* ¡Oh!

SALUS.—¿Y qué dice usté a lo del *supere?*
MIMÍ. —Que no puedo remediarlo. Iré.
SALUS.—Entonces, mañana..., por la noche, «*Au fond de la Mer...*» ¿Hace?
MIMÍ. —¡¡Hace!! *(Mutis Mimí.)*
ALI. —*(Saliendo.)* Señoritas, vamos con el ensayo de *Las bandoleras del Amor.*
BANDO.—Ahora mismo. *(Desde dentro.)*
ALI. —¿Estamos?
BANDO.—Sí, señor. *(Desde dentro.)*
ALI. —Pues venga de ahí.
*(Salen de bandoleras una primera tiple cómica y seis segundas tiples.)*

**Música.**

BANDOLERAS DEL AMOR.

Aquí están las bandoleras
que trastornan la nación,
aquí están las bandoleras
del amor y la pasión.
Cuantos queramos
serán robados,
sean solteros,
sean casados,
para nosotras
lo mismo da,
pues no queremos ir al altar.

BAND. 1.ª Sin otras armas
que estos dos ojos
vienen los hombres
puestos de hinojos,
y tras nosotras,
con frenesí,
siguen los tontos
diciendo así:
¡Bandolera, bandolera!,
la del mirar de pasión,
róbame mi corazón.
¡Bandolera, bandolera!

TODAS. Aunque somos bandoleras
gobernamos la nación,
y siempre por todas partes...
atraemos la atención.

Todos los hombres,
entusiasmados,
quedan prendidos
y enamorados,
y así es fácil
nuestro robar,
pues casi todos
quieren probar.
Sin otras armas
que estos dos ojos
vienen los hombres
puestos de hinojos,
y tras nosotras,
con frenesí,
siguen los tontos
diciendo así:
¡Bandolera, bandolera!,
la del mirar de pasión,
róbame mi corazón.
¡Bandolera, bandolera!

## ESCENA VI

ALI, SALUSTIANO. Después DALECIO y un REPÓRTER.

ALI. —¿Qué le ha parecido, señor Salustiano?

SALUS. —Que enfoque usted bien, porque a estas bandoleras va a costar meterlas en cinta.

DALEC. —*(Saliendo con el repórter.)* Salustiano, que atiendas a este chico.

SALUS. —¿Chico?

REPÓR. —Chico de la Prensa. De la Prensa profesional. Redactor jefe de *El Gran Objetivo*...

ALI. —Ya conozco la Revista. Es interesante.

REPÓR. —Muchas gracias... Si don Salustiano me lo permite quería celebrar con él una interviú..., y al mismo tiempo ofrecerle la *reclam* de la Revista en grandes páginas, sencillas o dobles.

DALEC. —Pa que anuncies las películas. ¿No es eso, señor chico?

REPÓR. —Eso es.

ALI. —Podríamos anunciar las dos películas que están casi terminadas: «El último apache» y otra comercial más importante, «La fabricación de la cerveza».

REPÓR.—Perfectamente. Podemos hacer una propaganda admirable. Para el *apache* página sencilla, y para *la cerveza*, doble.

SALUS. —Me parece muy bien; pero debe usted volver mañana para ultimarlo.

REPÓR.—Como usted disponga. Soy su esclavo... A sus órdenes... (*Mutis.*)

ALI. —Señor Salustiano. Ahora que estamos en confianza: ¡Cómo tiene usted a la Mimí! ¿Pero qué las hace usted?

SALUS. —¡Pch...! ¡¡Las bromurizo!!

DALEC.—Oiga usté, señor Ali, que tengo ganas de volver a oir esos cuplés que cantaba cuando era usté del teatro.

ALI. —Sí... sí; pero ahora no puedo cantar.

SALUS. —Hombre, sí, me parece bien. ¡Que cante Ali!

ALI. —Si es que no puedo: a los cinco o seis minutos de cantar ya estoy ronco...

SALUS. —No importa. Que cante Ali. ¡Ali, cante!

DALEC.—¡Sí, señor! ¡¡Ali, cante cinco minutos!!

ALI. —Muy agradecido, pero estoy afónico. Créanme, es que no puedo...

DALEC.—Pues entonces, si es así, voy a cantarlos yo. Después de todo me los sé de memoria. ¡Vamos con ellos!

## Música.

DALEC.

Ya que ustedes lo piden, señores,
pues insisten a más y mejor,
voy a ver si es que puedo cantarles
los cuplés del operador.

No son buenas ni malas canciones,
ni un poeta me las inspiró,
son cuplés que no tienen miga,
¡¡los cuplés del operador!!

Ya se terminó la guerra
y el tratado se firmó,
y ahora que estamos en paz
«estamos»... mucho peor.

## ESCENA VII

Los mismos. Luego señor Lesmes, padre de una artista incipiente. Luego la Cebriana, su retoño.

Lesmes—¡Que buenas y salutíferas!
Todos.—Buenas.
Lesmes—¿Aquí es la Alegría *Ful*, por un casual?
Salus.—No, señor. La Alegría Film.
Lesmes—Tanto da. Bueno; pues o me devuelven ustedes ahora mismo a mi chica Cebriana, o a esta «Alegría» la dejo yo triste en dos minutos.
Salus.—¿Ha dicho Cebriana?
Lesmes—Cebriana Bombilla, alias la «Hueca».
Ali.—En la lista de la Compañía no hay ninguna con ese nombre.
Lesmes—Es igual; se habrá pasado de lista... Pero, repito el pregón. O me devuelven ustedes a mi Cebriana, o desempeñamos ahora mismo todos los presentes, y sin más ensayo, un cine drama que luego se pone en tres partes y hay una cola, que ni por tabaco.
Dalec.—Aquí no se conoce esa Bombilla.
Lesmes—Chungueamiento, no.
Cebri.—*(Saludando y sorprendida al ver al autor de sus días.)* ¡¡Dios mío, mi padre!!
Ali.—¡¡La Cebriana!!
Dalec.—¡¡Mi madre!!
Salus.—¡¡Su padre!!
*(Los tres al mismo tiempo.)*
*(La Cebriana corre hacia el grupo asustada. El señor Lesmes saca una pistola enorme y los persigue desesperado.)*
Lesmes-Conque a mí películas, ¿eh? Pues allá va eso. *(Dispara cuatro o cinco tiros y todos huyen despavoridos, menos Ali, que va a la máquina cinematográfica.)*
Salus.—¡Si estaba la Cebriana! ¿Y para qué quería yo a esa miniatura eibarresa?
Lesmes—Ya les he dicho que hoy se acababa «La Alegría».
Ali.—*(Dando al manubrio.)* ¡Lo que es este cuadro va esta semana a «La Revista Pathé»!

TELÓN RÁPIDO

(Para intermedio, número 2. — Danza.)

## CUADRO TERÇERO

«AU FOND DE LA MER»

Cabaret nocturno de todo postín. En el fondo, y en letras visibles, se leerá: «Au fond de la mer», que es el título de la casa. Como su título indica, el salón representa el fondo del mar. Decoración vistosa. Puertas practicables a la izquierda Derecha dos o tres peldaños, que indican el fin de la suntuosa escalera que conduce al cabaret. Mesas pequeñas a ambos lados, dejando espacio para que puedan actuar artistas y comparsas.

Sobre las mesas flores, servicios y quinqués con pantallas de color claro, y un timbre en cada una, que sirve para los pedidos.

### Música.

FIGURANTAS.
Del fácil amor
somos pregoneras...
y hace un par de meses
fuimos cocineras...
Hoy nuestros encantos
valen un galán,
mas hoy los pollitos
¿por dónde andarán?

POLLITOS.
A vuestra llamada
hemos de acudir,
que es nuestro encanto
gozar y reir...
Fuimos del comercio
nosotros también,
mas hoy ya nos llaman
¡señoritos «bien»!

FIGURANTAS.
París del Tabarín,
París del Tabsglan,
París de la Alegría,
París del Boulevard.
Tus frívolos encantos
supieron seducir...
y hoy en todas partes
gritan ¡Viva París!,
¡¡que a todos nos enseña
el arte de vivir!!
Hoy en España impera

la moda parisién
en pollos y pollitos,
en viejos y bebés...
Ya no baila «schotises»
la gente de *chipén*,
ahora a las modistas
las llaman *midinetts*
y todos los amantes
se quieren en francés.

## ESCENA PRIMERA

Señor DALECIO y BECQUERITO, que llevará un gabán con el cuello cortado, es decir, sin cuello.

DALEC.—*(Saludando y contemplando semiabsorto el decorado.)* Yo no sé si será aquí donde me ha citado.

BECQ. —Sí, señor; aquí es. ¿No lee usted el título: «Au fond de la mer»?

DALEC.—Como yo no frecuento estos lugares modernistas, lo ignoro... A mí me sacan de la tasca de Sixto, y...

BECQ. —Porque usted es un vulgar. Usted vive en prosa...

DALEC.—No, señor; en los Cuatro Caminos.

BECQ. —Tomaremos algo. *(Llama por el timbre.)*

CAMA. —¿Desean los señores?

BECQ. —*Pernod.*

DALEC.—*Pernó* pa éste y un chato de Jerez per *moi. (Sale camarero y luego sirve.)*

BECQ. —Debe usted influir, señor Indalecio, para que se me admitan esos argumentos de película. Yo les aseguro el éxito.

DALEC.—Sí; pero ya no puedo hacer gran cosa en este sentido. Además, ahora, y por mi consejo, no hacemos más que películas cortas.

BECQ. —En fin, tengo que seguir luchando. Soy un incomprendido... He sido una figura en el barrio latino, y ahora no puedo vender un mal argumento. ¡Yo que he cantado al Sena, estoy aquí falto de ambiente sin mi París y sin mi Sena!

DALEC.—¿Pero por qué no hace usted algo para el teatro?

BECQ. —Tengo una tragedia que me estrenará una Compañía infantil...

DALEC.—¿Compañía de chicos?

BECQ. —Sí, señor.

DALEC.—Pues para los niños, mejor sería un juguete.
BECQ. —Yo le suponía más alentador de artistas.
DALEC.—Y me gusta alentar a los artistas y empujar a las artistas... ¿Pero por qué no escribe usted algo cómico?
BECQ. – ¡Cómico...! ¡Cómico! Siempre lo mismo Y el mundo es un drama... ¿Sabe usted por qué llevo el gabán así?
DALEC.—Qué sé yo...
BECQ. —Porque tenía el cuello de astracán y lo he tirado. El astracán es mi obsesión. Yo soy un estilista del idioma. Jamás cederé a la moda chabacana.

«Hay plumajes que atraviesan el pantano
y no se manchan,
mi plumaje es de esos.»

DALEC. —¿Y eso de quién es?
BECQ. —De un clásico. ¿Qué clásico prefiere usted?
DALEC.—Yo, Belmonte.
BECQ. —Qué profanación. Eso no es un clásico...
DALEC.—¿Que no es clásico Belmonte? Se conoce que usté es *gallista.*
BECQ. —¿Yo?
DALEC.—Sí, por eso que ha dicho del plumaje.
BECQ. —Yo soy poeta... Me entusiasma Bécquer, Espronceda, Campoamor...
DALEC.—¿Campoamor?
BECQ. —¿Conoce usted algo de don Ramón de Campoamor?
DALEC.—Sí, señor; la estatua del Retiro.
BECQ. —¡Oh, no; no puedo seguir con un analfabeto...! Ya el ajenjo milagroso me sugiere mil ideas cumbres.. Voy a adorar a las vendedoras del amor a plazos..

«Hay plumajes que atraviesan el pantano
y no se manchan,
mi plumaje es de esos...» *(Mutis.)*

DALEC.—Mira que no te dejen sin una pluma ahí en el bacarrat. Ya era hora de que me dejara en paz... Y cualquiera le quita el plumaje al pollo... Nada, ahuecaré para no estropear idilios y probaré fortuna con esta moneda de dos pesetas..., que son falsas las dos... *(Mutis izquierda y golpes de tan-tan.)*
CAMA. —¡Las doce! ¡Mi nuit! Tengan la bondad de poner orden, que va a debutar el número de «Los Rótulos de Actualidad».

**Música.**

«Los Rótulos de Actualidad»

Los rótulos que a diario
observamos por doquier,
pueden ser utilizados
con respeto a la mujer.
Para poder aplicarlos
hice yo una observación,
y pido, para exponerla,
un momento de atención.

Rótulo 1.º La muchacha coquetona
que orgullosa suele andar,
porque tiene quien la lleva
en breve plazo al altar.
Como tienen estas niñas
exceso de pretensión,
bien se les puede aplicar:
*Próxima inauguración* (1).

Rótulo 2.º Pero si es una viuda
de las que usan llorona
y siempre por todas partes
se la encuentra triste y sola,
esta mujer, que, por tanto,
cumple bien su obligación,
puede ostentar este título:
*Cerrado por defunción.*

Rótulo 3.º La señora que altivona
va vendiendo sus amores
y que tiene, por desgracia,
gran falta de compradores,
Como se pinta los ojos
y los labios, sin mesura,
debe ponerse un letrero:
*Cuidado con la pintura.*

Rótulo 4.º La mujer fea y celosa
que desespera al marido
porque pasa la existencia
entre lloros y alaridos;

(1) Los finales del cuplé aparecen en letrero luminoso.

si al esposo le dejaran,
para asegurar su casa
le pondría a su mujer
este aviso: *Se traspasa.*

TODAS. Los rótulos que a diario
observamos por doquier...
etcétera, etc., etc.

*(Hacen mutis, pianísimo, con los letreros iluminados y habiéndose hecho el obscuro en la escena.)*

## ESCENA III

MIMÍ, SALUSTIANO, CAMARERO y CHINALES. Este es el chulo de la MIMÍ y habla indultando la vida a los demás.

SALUS —Siéntate, encanto femenino...

MIMÍ. —A tu lado, capullito de primavera.

SALUS.—Eso de primavera lo podías suprimir... Porque no será alusión.

MIMÍ. —Es lisonja.

SALUS.—Llamaremos. *(Toca palmas furiosas.)* ¡¡Chicooo!!

CAMA. —Caballero... La casa no permite llamar al servicio con palmas. Es para evitar confusiones. Como los artistas trabajan en la sala, resultaba que eran para nosotros las palmas de la noche.

SALUS.—¿Y cómo hay que pedir...? ¿Es por eso de la Marconi acaso?

CAMA. —No, señor. Hay dispuesto un timbre encima de cada mesa.

MIMÍ. —Entendido.

SALUS.—Bueno; ¿tiés la lista?

CAMA. —Sí, señor. *(Se la da.)*

SALUS.—*(Leyendo.)* Dubonett, gran souper, fliwe o cok tea... Y eso del cok tea, ¿qué es?

CAMA. —Un gran refresco inglés.

SALUS.—Caramba, refresco con cok y tea: estará hirviendo.

MIMÍ. —Acaso.

CAMA. —Los señores tendrán la bondad de ser breves en su comanda. ¿Qué desean?

MIMÍ. —Mono.

CAMA. —*(Ruborizado.)* Señorita, nos está vedado admitir piropos.

SALUS.—Si es Anís del Mono, ¡primo! Dos copitas y rien de

plus, que decimos en el boulevard de los Curtidores. (*Mutis camarero y luego sirve.*)

MIMÍ. —Aquí estamos bien, ¿verdad?

SALUS.—A tu lado, siempre. Contigo voy al purgatorio y me parece una brisa. Mimí, eres para mí... mi...

MIMÍ. —¿Tu qué...?

SALUS.—Pues eso: eres para mí mi, mi... Mi, mi... mi eso, mi Mimí...

MIMÍ. —Vamos, quieres decir que soy tu to, tu Totó...

SALUS.—Ná, que se nos traba la lengua; y es que el querer es eso y ná más que eso. Pierde uno hasta el habla.

MIMÍ. —Es verdad.

SALUS.—Pero no pierde uno la pasión, ni la voluntad. A mí me pides ahora el corazón y te lo doy para un dije... Me pides un beso y hay que llamar a un cirujano pá quitarte los labios de la cara... Me pides el cochecito qne tengo para ir los domingos a Vallecas y te lo doy con gomas y todo...

MIMÍ. —Sí, todo eso estaría muy bien si fueras un hombre libre.

SALUS.—Eso qué tié que ver.

MIMÍ. —Si te parece poco... Además que me he enterado de que tu mujer, la señá Casta, tiene un geniecito como un conductor del tranvía a las tres de la mañana.

SALUS.—Oye, por ahí poco... a poco... Es decir, piano, piano. Otras cosas te las tolero, mi querer lo tienes hipotecado... Pero no consiento que hables mal de mi Casta.

CHINA.—(*Sentándose.*) Con permiso...

SALUS.—Pollo, que esto es terreno vedado.

CHINA.—(*Señalando a Mimí.*) Esto es terreno vedado para otros. Pa mí, Eulogio Tartana, «El Chinales», es coto de caza.

MIMÍ. —Chinales, ten calma.

CHINA.—...Es coto de caza. Y no conviene estar al lado, porque pueden escaparse los perdigones.

SALUS.—¿A qué viene todo esto?

CHINA.—Sosiéguese el caballero y escuche el bando. La infrascrita, Mimí Belén, mimográfica matritense, pertenece al exclusivo patrimonio de Chinales, vulgo menda...

SALUS.—Es que yo no consiento...

CHINA.—(*Dando dos campanillazos.*) Prosigo. Y como el poseer una peliculería más o menos deteriorada no da

derecho a ciertas extralimitaciones mujeriles y ajeniles con sus correspondientes extravíos nocturnos...

SALUS. —¡Vaya, esto es demasiado...!

CHINA.—*(Dando dos campanillazos.)* Hago saber: Que he venido para recabar el usufructo de esta tontería de bibelote gabardinesco, que inmediatamente se incorporará a su poseedor..., y hasta luego... *(Se levantan y disponen a salir Chinales y Mimí.)*

SALUS. —Y tú, Mimí, te vas y me dejas, y decías...

CHINA.—*(Interrumpiéndole y golpeando el timbre.)*

MIMÍ. —¿Si es mi Chinales?

CHINA. – *(Siempre golpeando el timbre.)* Nota bene. En caso de defunción violenta, el sepelio por cuenta del finao.

SALUS. —¿Qué dice usted?

CHINA.—Unas últimas palabras... *(Golpeando el timbre.)* Observación... Se podrá asistir al sepelio con gorro frigio, y por respeto a los ideales del difunto no se admiten coronas.

SALUS. —Eso es un exabruto... Abusan de mi situación y de mi estado...

CHINA.—Pué ser... Pero ésta se viene conmigo y no se le devuelve el pápiro de las mil *calañis*, porque entre caballeros de honor, el dinero no tié aprecio... Y ahora, saliva para los nervios y pastillas para el resfriado... Porque es usted un tenorio, con catarro... *(Pausa.)* Y a sudar... (*Durante este párrafo le golpea en la mejilla con dos dedos de la mano derecha.*) *(Mutis Chinales y Mimí.)*

CAMA. —*(Saliendo.)* ¿Llamaban ustedes? Hasta ahora no he podido atender... ¿Qué desea...?

SALUS. —Una ametralladora...

CAMA. —Caramba; aquí sería mejor un submarino...; vaya una parroquia. *(Mutis.)*

## ESCENA IV

SALUSTIANO, señor DALECIO y TERESA, hija de una vecina de éstos, que debuta en el cabaret.

DALEC.—*(Señalando el rumbo de Mimí y Chinales.)* Pero Salustiano, ¿qué las haces?

SALUS. —¡Aire!

DALEC.—¿Pero ya no las bromurizas?

SALUS. —Déjala, que esa vuelve.

DALEC.—Esa vuelve la esquina y no se acuerda más de ti. *(Enciende un pitillo y le acerca la cerilla.)* Eres un primo alumbrao.

SALUS. —¿Y a usted qué?

DALEC.—A mi ná, Salustiano. Pero es que llevas una vida equivocada, porque no debes ignorar que lo de la Alegría es ya una pena. Y tú verás qué se hace...

SALUS. —Ya veremos.

DALEC.—Además, tu mujer está sobre aviso; se ha enterado de todo, y el mejor día te va a dar un *espetáculo* que ni el de los bailes rusos.

## ESCENA V

DICHOS y TERESA.

TERESA—Buenas noches...

SALUS. —¡Hola, monada!

TERESA—¿Convidan ustedes?

DALEC.—¿Pero tú eres de la casa?

TERESA—Si, señor; debuto mañana. Aquí en el super... Pero a usted, yo quiero recordarlo... Yo le conozco a usted... Usted es de Cuenca...

DALEC.—¿Yo cuenco? ¡Quiá!

TERESA—¡Ah, no! El señor de Cuenca era de Segovia... Usted es el de Burgos...

SALUS. —No, señora, no es de Burgos...

TERESA—Tiene usted razón. Ahora que recuerdo, el de Burgos era de Bilbao... A usted le conozco yo... ¿De qué le conozco? ¡Ah, ya sé! Usted es zapatero.

DALEC. —Era...

TERESA—Sí, sí; zapatero remendón. Me arregló unas botas altas, y las llenó la suela de recortes de periódico; me caían, y yo cada noche leía un poco.

DALEC. —Entonces tú eres la chica de la Mercedes.

TERESA—La misma.

SALUS. —Pero ya no vas al puesto de casquero.

TERESA—Lo dejamos porque aquéllo andaba muy mal.

SALUS. —¿Andaba mal? Sería por los callos...

TERESA—He ido quince días a la academia, y mañana debuto... Canto un cuplé más bonito. ¿Quieren que lo cante?

DALEC. —¿Si no has de gritar mucho?

TERESA—Nada. Es a media voz. Ahora verán ustedes.

**Música.**

«LAS COSAS DE LA TERESA»

TERESA— Teresa, que es una chica
de excesivas pretensiones,
con un barbero muy chulo
sostenía relaciones.
A su novio la Teresa
veneraba de tal modo,
que decía que era un chico
que servía para todo...
Y la chica a sus vecinos
se lo suele referir,
y los vecinos contestan
lo que ustedes van a oír:
Teresa... Teresa...,
que eso que cuentas
no me interesa.
¡Teresa! ¡Teresa!,
lo que te pasa nos es igual;
Teresa, ve y se lo cuentas
a un guardia municipal.

SEÑOR DALECIO y SALUSTIANO.— Teresa..., Teresa,
que eso que cuentas
no me interesa,
etc., etc., etc.

TERESA — Teresa ya se ha casado,
y ahora está desesperada
porque dice que el marido
no la sirve para nada.
Desde el día de la boda
no ha ganado ni un real.
Y él dice que no trabaja
¡¡porque es intelectual!!
Y la chica a sus vecinos
se lo suele referir,
y los vecinos contestan
lo que ustedes van a oír:
Teresa..., Teresa..
que eso que cuentas
no me interesa;
¡Teresa! ¡Teresa!,
lo que te pasa nos es igual;

Teresa, ve y se lo cuentas
a un guardia municipal.

LOS DOS.— Teresa..., Teresa...,
que eso que cuentas,
etc., etc., etc.

**Hablado.**

ESCENA VI

DICHOS, CASTA, CAMARERO y un REPÓRTER.

DALEC.—Nada, chavala, que tienes un ángel que ni de Murillo. Como sigas así veo a la Raquel comprando trapos y botellas.

SALUS. —¿Se ha enterao tu madre que cantas?

TERESA—Sí, señor... ¿Pero no convidan?

DALEC.—Ahora vendrá la convidada.

TERESA—¡Ah, si usted es el mozo de cuerda! *(Por Salustiano.)* Como está usted... ya no se acuerda de mí... *(Aparece Casta, y al observar los mimos de Teresa se detiene unos segundos en la escalera.)*

CASTA.—¿Se puede...?

SALUS. —¡Casta!

CASTA.—Yo soy... ¿Y te parece bien que os estéis divirtiendo a costa de Casta...?

SALUS. —En cuanto yo te explique...

CASTA.—No necesito explicaciones. Supongo que la señorita será la mimá Mimí.

SALUS. —¡Serénate!

TERESA—Si no hacíamos más que hablar... Ya no me conoce usted, señora Casta... Soy Teresa, la vecina...

CASTA.—Usted se calla, niña. No me habían dicho nada de que estudiabas para pingo...

TERESA—¿Yo de pingo? ¡Ay, ay! *(Haciendo mutis.) (Al olorcillo de la bronca salen camarero, artistas, etc., que contemplan el espectáculo encantados.)*

CAMA. —Señora, tenga la amabilidad de atemperar...

CASTA.—Que atempere el alcalde... Y esto ha terminado, porque Salustiano lo cedo a la casa. Ya que están en el fondo del mar, les puede servir de tortuga.

SALUS. —Casta, Casta. Si no estuviéramos aquí te atropellaba.

DALEC.—Salustiano, atropellos, no.

CASTA.—¡Ay qué cosas! ¿Pero usted cree que yo iba a dejar que me atropellara un cangrejo?

DALEC.—Eso de cangrejo...
CASTA.—Por éste *(Por Salustiano.)* Pero usted es la jardinera. Siempre va detrás de él.
REPÓR.—*(Saliendo.)* Caramba, ¿qué es eso, qué ocurre?
CAMA. —Nada. Tonterías sin trascendencia.
REPÓR.—Hombre, qué sorpresa... El señor Salustiano Timbales y su agente don Indalecio... Aprovecharé esta oportunidad para recordarles la deuda de tres páginas ilustradas.
SALUS. —Eso es cosa del señor Dalecio.
CASTA.—¡Bah! Me asquea todo esto... Quédate ahí con la bella Moñete *(Mutis.)*
SALUS.—Pero Casta, por favor, atiende. (*Mutis detrás de Casta.*)

## ESCENA ÚLTIMA

Los mismos. Después SALUSTIANO y un INSPECTOR.

REPÓR.—Bueno, mi querido don Indalecio, perdone mi insistencia, pero necesito cobrar.
DALEC.—¿Dice usted que se le deben?
REPÓR.—Trescientas pesetas y pico...
DALEC.—Sí, y pica usté que ni un reserva.
REPÓR.—¿Quiere usted el recibo?
DALEC.—Ese se lo guarda usté, joven, por que la Sociedad está a dos velas...
REPÓR.—¿Que está a dos velas? Pues yo necesito cobrar, y si no les daré un palo en el periódico.
DALEC.—Pues no cobrará.
REPÓR.—Pues les daré un palo en el periódico.
DALEC.—Y yo a usté otro en la cabeza. *(Le descarga el estacazo padre.)*
TODOS.—¡¡Cobró!! ¡¡Cobró!! *(Se desploma el periodista; acuden en su auxilio. El señor Dalecio intenta huir y le detiene el camarero.)*
SALUS.—(*Saliendo seguido de un inspector.*) Señor Dalecio, vengo detenido. Salí tras de la Casta y me detuvo este Agente.
DALEC.—¿A ti, por qué; qué pasa, qué delito has cometido?
SALUS.—Que nos hemos declarado en quiebra.
DALEC.—¿Pero es verdad?
SALUS.—Sí, señor, y por su culpa.
DALEC.—¿Por mi culpa?

SALUS.—Sí, por su culpa. Yo quería hacer películas largas. Usted se empeñó en que gustaban más las cortas, lo hicimos así, y ya vé el resultado, ¡¡he quebrado con las cortas!!

DALEC.—Pues te habrán ovacionado.

SALUS.—No, que he salido cogido.

INSPEC.—Y usté también está reclamado por un auto...

DALEC.—¿Un auto a mí? Será de alquiler.

INSPEC.—Es del Juzgado de Guardia.

DALEC.—¿Y van a enchiquerarnos?

INSPEC.—El Código castiga estos delitos comerciales sólo con el embargo de bienes.

DALEC.—Entonces, Salustiano, que nos embarguen..., y después, créeme a mí, a trabajar otra vez; pero a trabajar de firme y a dejarnos de políticas y de ilusiones, que nos quedan anchas...
(*Al público.*)

Y de nuestras correrías
perdonad el desparpajo;
ya no somos más patronos;
desde mañana al trabajo.

TELÓN

## Cuplés del señor Dalecio.

Le da azúcar al caballo
el ricacho Luis Anglada,
en tanto que sus obreros
comen el pan
¡¡con cebada!!

A una novia que tenía
un muchacho de Alcalá
le ha regalado un k'riki
que dice
¡¡papá y mamá!!

Un señor que es periodista
le habla a la bella Pilongo,
y para verla contenta
qué la ha hecho:
¡¡la ha hecho un bombo!!

En España, los rentistas
no tienen ningún impuesto,
pero en cambio en Portugal
los tienen,
¡¡y muy bien puestos!!

Pide La Cierva cuplés
con finales variados,
en tanto que Romanones
los pide...
¡¡con pie forzado!!

Tiene una nariz muy rara
el marido de la Sancho;
según él está torcida,
¿según ella?
¡¡Le hace gancho!!

## IMPORTANTE

En el número de *Los Rótulos* las cuatro tiples visten trajes de sociedad, llevando un manguito con un letrero luminoso eléctrico, que se enciende al hacerse el obscuro en la escena. En los cuatro letreros se lee sucesivamente: *Próxima inauguración*, *Cerrado por defunción*, *Cuidado con la pintura* y *Se traspasa*.

En las poblaciones donde no hubiera facilidad para proporcionarse dichos manguitos deberán las tiples pronunciar por entero los cantables, dando intención a las últimas frases.

